

reinos, de Francia, de Alemania, de Italia; la causa de la Cruz establecía en la Edad Media estrecha solidaridad entre toda raza de hombres. A su vez el emperador de los Almohades, El Nasser (9), despuebla el Africa trayendo sus guerreras tribus a sostener la conquista del territorio castellano. Un pastor desconocido guía a los cristianos al través de las intrincadas angosturas de Sierra Morena hasta espaciosa llanura, hecha como de molde para una batalla campal: las Navas de Tolosa (10). Van a encontrarse frente a frente los hijos del desierto y los reconquistadores de Iberia. De una parte marcha el *Rey Verde* (11), su guardia de diez mil descomunales etíopes, negros como carbón (12), sus arrogantes jeques andaluces, sus ligeros jinetes de Mequínez, cuyos trotones lucen arneses de oro y seda, sus africanos de albos alquiceles y yataganes curvos; El Nasser empuña con la diestra la cimitarra, con la siniestra sostiene el Korán, cuyos versículos poéticos, que halagan la fantasía, lee a las fanáticas tropas. De otra parte, Alfonso VIII hace oír misa, confesar y comulgar a sus huestes cubiertas de hierro; arzobispos, obispos y clérigos recorren las filas recordando a los soldados las gracias y bendiciones otorgadas por la santidad de Inocencio III a los que con las armas secunden los intentos del monarca de Castilla; los tercios navarros, aragoneses, portugueses, gallegos y vizcaínos se disputan el puesto de honor, la vanguardia; los concejos despliegan sus estandartes, y avanzan silenciosos y resueltos los caballeros de las cuatro Ordenes militares y los Templarios con sus mantos blancos parecidos a monacales túnicas. Se traba la pelea; los cristianos son uno por cada cuatro musulmanes, y retroceden empujados por un torrente de hombres que los arrolla: entonces Alfonso VIII se dirige al cronista arzobispo de Toledo, que a su lado se halla, y le grita:—*Arzobispo, vos e yo aquí muramos*:—y

entrándose por lo más recio de la pugna, rehace las huestes; arremete el ejército cristiano llevando ya la mejor parte; rómpese la temerosa valla y parapeto de etíopes encadenados que cerca el pabellón de púrpura y perlas del Miramamolín; y al apagar sus luces el sol que alumbró el memorable día, quedan en el campo los cadáveres de doscientos mil infieles (13), y los obispos castellanos cantan a coro con los reyes y las milicias el *Te Deum* de la inmensa victoria. Era el fin de los musulimes, como ellos mismos afirmaban dejándose degollar con melancólico fatalismo.

Aún duraría en España la embriaguez de tan extraordinario triunfo, cuando Francisco la pisó, sí, como se cree, vino a fines de 1212. En caso de que, según algunas crónicas afirman, entrase a principios de 1213, se hallarían los ánimos divididos entre el regocijo de la ventaja obtenida sobre el infiel y la consternación causada por la sequía y hambre crueles que entonces desolaron las provincias castellanas, impeliendo a los extremos de comerse algún padre a los hijos de sus entrañas. Nunca hubo ocasión más propicia para oír hablar de Dios que aquella en que el azote de su cólera flagelaba al hombre. En la Edad Media todo suceso, adverso o favorable, era pretexto para volver los ojos a la vida futura: en la providencial batalla de las Navas veían los caudillos castellanos el poderío del Señor de los ejércitos; en la miseria y esterilidad, su vengador enojo. En cualquier caso debió de ser bien acogido el viajero humilde, que a pie y descalzo venía de Italia, de la tierra apostólica, exhortando a penitencia, a pobreza, a paz y mansedumbre. Y aquel viajero se proponía confiadamente—como la oveja que no teme meterse entre lobos—intentar nada menos que la conversión del feroz *Rey Verde*, del Miramamolín, el vencido de las Navas, que tras de desahogar su rabia y afrenta segando los cuellos de los jeques andaluces,

se había retirado a Marruecos, ocultando el corrimiento y despecho entre los muros de torpe harem, donde en breve la traición, por medio de envenenada pócima, interrumpió los deleites en que se sepultaba para olvidar el desastre. Compartía así Francisco el propósito de la gente hispana: ésta, con las armas, había domeñado al Africa, y el penitente de Asís iba a tratar de imponer al agareno con la palabra yugo de amor. Castilla, unida en el pensamiento de su independencia, en los esfuerzos sublimes de su reconquista, ofrecía entonces a Francisco campo más fecundo quizás que Italia, donde la prosperidad del comercio y las contiendas civiles traían los ánimos envueltos en mundanas preocupaciones, y que Francia, donde la pravedad albigense se erguía pujante y el relajado clero descuidaba su deber. En España, al contrario, todas las clases sociales cumplían el suyo, y unánimes marchaban a un fin político, social, religioso especialmente. Querían ser libres, ser unos bajo los pliegues del estandarte de la Cruz, vencer al invasor, expulsar a Mahoma. El ansia de independencia robustecía la fe; Cristo iba ante el denodado reconquistador, y los héroes de la espada abrían los brazos a los héroes de la penitencia. No es maravilla que el tránsito de Francisco por España fuese continua serie de fundaciones. No recogió mejor cosecha años después el ilustre español Domingo de Guzmán al traer una Orden basada en la teología y la elocuencia a esta patria de oradores y teólogos. Si todos los conventos que pretenden la gloria de haber sido fundados por el pobrecillo de Asís en España reclaman con justicia semejante origen, puede decirse que donde Francisco puso el pie surgió una morada para la pobreza.

No poseemos noticia rigurosamente exacta del itinerario de Francisco a través de nuestro país. La tradición constante, fuente histórica no indigna de apre-

cio, afirma que entró por Navarra; el primer convento fundado parece ser el de Burgos; en la portada de la catedral de Burgos colocaron los imagineros cuatro estatuas, dos de las cuales representan a San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán en actitud de presentar la regla a Alfonso VIII de Castilla (14) y a su esposa, retratados, según se cree, en las otras dos efigies, aunque no falta quien piense que son Fernando el Santo y su consorte. Para solar del convento de Burgos eligió Francisco una colina montuosa apartada de la ciudad (15). El de Logroño fué donación de un hidalgo de la Rioja, Medrano, que se determinó a ello por haber sanado Francisco a un hijo cuando se hallaba en la agonía. En Vitoria, a donde pasó con resolución de embarcarse en el puerto de San Sebastián, hospedáronle magníficamente los vecinos del pueblo, y la casa en que moró fué después erigida en convento por doña Berenguela, hija de don Juan, infante de Castilla. Atacado Francisco de grave dolencia en San Sebastián, consideró tal suceso aviso de Dios, que le vedaba el proyectado viaje en busca del martirio; y, apenas convalecido, volvió atrás, internándose por León y Asturias al noroeste de España, deseoso de visitar el sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela. Dejando hechas diversas fundaciones en Asturias, llegó a la ciudad que por entonces emulaba a Jerusalem y a Roma en atraer a su seno caravanas de peregrinos devotos. La leyenda hospeda a Francisco en Santiago, en la humilde choza del pobre carbonero Cotalay (16), que residía en los barrios extramuros de Compostela; y añade que habiendo Francisco elegido para la edificación del convento unas hondonadas conocidas por Val de Dios y Val del Infierno, territorio cuya propiedad pertenecía al abad de Benedictinos de San Payo, obtúvolas de éste mediante el feudo usual del canastillo de peces; después de lo cual dijo al carbonero, su huésped:—

“Ya tenemos el terreno: ahora tú correrás con los gastos de la fábrica.”—“Soy pobre”,—respondió Cotolay.—“Cava con fe en las márgenes de esa fuente”, ordenó Francisco señalando una que cerca manaba. Cavó dócilmente el carbonero, y descubrió un arca henchida de monedas y ricas joyas, en cantidad bastante para sufragar la erección del convento (17). Un discípulo y compañero de Francisco, Benincasa de Todí, era entretanto enviado a la villa de la Coruña a echar los cimientos de otra mansión franciscana. El discípulo se dirigió a los rudos pescadores que formaban el grueso de la población, y ellos alzaron con sus curtidos brazos y costearon con sus limosnas los muros de la casa de paz, situada como un faro al borde del Océano (18). Cuando los operarios carecían de sustento, el fraile se llegaba a la orilla y llamaba a los peces, que saliéndose del natural elemento se entregaban para mantener a los trabajadores. Otros discípulos fundaban al mismo tiempo en Oviedo y Rivadeo. De Compostela se cree que siguiere Francisco a Portugal, o cuando menos a la región entre Duero y Miño, por más que la leyenda lusitana presente a Francisco platicando mano a mano con la reina Urraca, mujer de Alfonso II, y profetizando la independencia del reino de Portugal (19). Desde allí aparece Francisco en Ciudad Rodrigo, morando en una ermita y fundando, y en Robredillo, donde viendo posarse un águila sobre fragosa eminencia, anunció que allí se alzaría otro convento; tres leguas más adelante fundó el llamado de Monte-Coeli. Pretenden el mismo timbre de haber sido establecidos por Francisco, además del primer convento de Madrid, el de Toledo, el de Ocaña, el de Soria, el de Tudela. Lo verosímil es que todos estos conventos que reclaman la gloria de proceder directamente del Santo de Asís, no tuviesen construído ni un lienzo de muralla cuando Francisco salió de la Península. Llegaba el fundador

a un pueblo, elegía lugar para la fundación, trazaba quizá los cimientos y enviando después a un discípulo con instrucciones, terminábase la obra bajo la dirección de éste. En Soria se detuvo Francisco en ameno prado, y reunió silenciosamente cinco montones de piedras: preguntáronle los circunstantes el sentido de semejante maniobra.—“Estoy, respondió, juntando materiales para un convento que aquí ha de alzarse.”—Y así fué en efecto: de las piedras de Francisco surgió el convento de Soria. Lo que más denota la simultaneidad de construcción y antigüedad venerable de estos conventos españoles, es la unidad de pensamiento revelada en su arquitectura, tan conforme a las enseñanzas franciscanas; la iglesia de ordinario pequeña, las líneas del edificio sencillas y sobrias, las celdas estrechas, todo el monumento austero en su estilo, en adornos escaso, y solamente embellecido por alguna ojiva o rosetón que con curvas graciosas rompe la severidad del conjunto.

Cataluña, ceñida como Provenza con el laurel poético, guarda vivas las interesantes tradiciones enlazadas con el paso del trovador de Asís. La fantasía popular supuso que la naturaleza engalanaba los lugares donde se detuvo el penitente; la vega de Vich se alfombra de flores todas las primaveras, porque allí predicó Francisco; recibe el pozo de humilde masía nombre de *agua de vida*, desde que apagó la calenturienta sed de Francisco, desfallecido en deliquios de amor celestial; la ermita construída en el punto donde *San Francisco se moría* presume de ser el primer templo que tuvo el Santo de Asís, de tantos como erigió el mundo a su memoria (20). Barcelona recuerda que Francisco, al bendecirla, le pronosticó ensanche y prosperidad y grandeza en siglos venideros; Gerona, Lérida, Cervera y Perpiñán afirman que sus conventos son fundados por Francisco en persona, y no pocas casas nobles del Principado añaden a sus blaso-

nes el del hospedaje concedido a Francisco. Aún se enseña en San Celoni el viñedo en que Francisco y su compañero, sedientos y exhaustos, cogieron un racimo, y, maltratados por el guarda, el amo de la viña no sólo les concedió uvas, sino albergue; muerto a poco este hombre caritativo, presentáronse en sus exequias veintidós frailes desconocidos, que después de entonar el oficio de difuntos, desaparecieron en silencio y sin que se averiguase por dónde.

En suma, por más que no existen documentos comprobantes de la estancia y trabajos de Francisco en nuestro suelo; por más que no pueden registrarse paso a paso los sucesos de su odisea en tierra española, ello es que aquí un bajo relieve (21), más allá una inscripción, acullá un sepulcro, y sobre todo la tradición, crónica del pueblo, voz del pasado que no está escrito, crean una certeza que iguala a la de la mayor parte de los hechos históricos. Y desde luego, ¿cómo explicar, sin las huellas que dejó la presencia de Francisco, la difusión asombrosa de su Orden en un pueblo que podía acoger preferentemente como nacional y castiza la de Guzmán? Pocos años después del viaje de Francisco a España, ésta se hallaba cubierta de conventos, capillas y ermitas, y ceñía el rey Fernando el cordón de terciario. Mantúvose vivaz el amor de la pobreza en el alma de nuestra patria hasta inspirar al fénix de los ingenios castellanos, a Lope de Vega, hermosas poesías místicas.

NOTAS

(1) *Multi de populo, nobiles et ignobiles, clerici et laici, divina inspiratione compuncti, cæperunt ad sanctum Franciscum accedere, cupientes sub ejus disciplina et magisterio perpetuo militare.* (Tomás de Celano.)

(2) *Si levó con grandissimo fervore e disse: Andiamo al nome di Dio.* (Floreccillas, cap. XVI.)

(3) En España este género de oratoria tenía su representación en los sermones de San Vicente Ferrer.

(4) Grabóse en la sepultura de Fr. Bertoldo, en Ratisbona, el siguiente epitafio:

CIC. C. C. LXXII. XIX. CAL. JAN.
OBIIT. FR. BERTHOLDUS MAGNUS PRÆ-
DICATOR
HIC SEPULTUS LUCIÆ VIRGINIS

(5) San Luis de Francia intentó conservar a su lado a Fr. Hugo de Dina, prendado de la noble libertad de su lenguaje; mas el predicador rehusó, prefiriendo vivir en el retiro.

(6) Después de haber rogado inútilmente a los carceleros le permitiesen por amor de Dios dar algo de comer al preso, propúsoles Albertino una partida de dados; y habiendo salido ganancioso, exigió entrar en la mazmorra y llevar alimentos al Rey.

(7) *Si crede che San Francesco non mangiasse per riverenza del digiuno di Cristo benedetto, il quale digiunò quaranta dì e quaranta notti, senza pigliare nessun cibo materiale; e così con aquel mezzo pane caciò da sè il veleno della vanagloria.* (Floreillas, cap. VII.)

(8) Llámase hoy *San Francesco a Ripa*: y la habitación que en él ocupó el Santo fué transformada en capilla.

(9) El historiador Lafuente llama al vencido de las Navas Ben Jacob; la crónica árabe *Roud-el-Kartas* y los historiadores árabes en general, le nombran El Nasser Ben Jacob Ben Jussef Ben Abd-el-Mumen.

(10) "Dice alguna crónica que este pastor se llamaba Martín Halaja; que entre las señas que dió, fué una que encontrarían en el sendero una cabeza de vaca comida de los lobos, lo cual se verificó también; y añaden que enseñado que hubo el camino, no se volvió a ver a semejante hombre..." (Lafuente, *Historia de España*.)

(11) Llámábanle así los cristianos por el color de su vestidura.

(12) "Rodeaba la tienda del califa un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacían como un parapeto inexpugnable, y a mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un extenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro..." (Lafuente, *ob. cit.*)

(13) Las crónicas de la época, al par que suben a cantidad tan enorme la de sarracenos muertos, limitan las pérdidas de los cristianos a veinticinco o treinta hombres, cosa en verdad inconcebible, pero cuya exageración misma da a entender lo espléndido y completo del triunfo: haciéndole más glorioso todavía haber faltado en él los auxiliares extranjeros, que por razón o a pretexto de los calores del estío, ya habían abandonado a los ejércitos castellano y aragonés.

(14) Aunque los cronistas y biógrafos de San Francisco suelen decir que la estatua de la portada de Burgos representa a Alfonso IX de Castilla, parécenos inexacta la frase, porque si, como opinan todos unánimes, San Francisco visitó a España del año 1212 al 1213, el rey de Castilla entonces era Alfonso VIII *el Noble*, el vencedor de las Navas, que no falleció sino en Octubre de 1214, y al cual sucedió su hijo Enrique I. Y aunque es cierto que Alfonso de León, en cuyo hijo *Fernando el Santo* vinieron a unirse definitivamente las coronas de León y Castilla, ocupa en la cronología de los Alfonso de León el número VII, y en la de los de Castilla el IX, ello es que en Castilla no reinó jamás: y puesto que Cornejo añade, al hablar de la portada de Burgos, "Doña Leonor su mujer" debe de consistir el error en llamar Alfonso IX á Alfonso VIII, que en efecto estuvo casado con doña Leonor de Inglaterra, y reinaba en Castilla cuando San Francisco vino á España. Más acertado anda Cornejo al suponer que la reunión de las dos estatuas de Santo Domingo y San Francisco presentando la regla á los Reyes, no indica que ambos fundadores estuviesen á un tiempo en España (Santo Domingo no vino hasta 1217) sino que la libre facultad de composición del artista los juntó en la portada.

(15) Trasladóse después á Burgos mismo. En la catedral de Burgos se veneraba una antiquísima pintura de San Francisco, tenida por retrato auténtico.

(16) En el archivo de la catedral de Santiago se guarda un curioso testamento de *D. Cotolaya*, publicado por el Sr. Segade Campoamor, en su leyenda piadosa *Cotolay*. Pero se duda, y no sin causa, que el caballero pudiente del testamento tenga conexión alguna con el carbonero pobre de la leyenda.

(17) En la portería del convento de Franciscanos de Santiago, á mano derecha entrando, se ve un sepulcro de gusto ojival, con estatua yacente, que se supone contener los restos de Cotolay: y Cornejo declara ha-

llarse sepultados en la capilla mayor, como patronos y fundadores, Cotolay y María de Bicos, su mujer.

(18) "La fundación (del convento) se hizo en el mismo sitio en que se halla, sepultando al P. Benincasa a su fallecimiento bajo el arco toral de la capilla mayor al lado del Evangelio: la primera obra se destruyó é incendió en 1595 para impedir el acceso de los ingleses... En la primera estaban las reliquias de los venerables padres fray Hernando de la Jube y Benincasa, en dos medios cuerpos de talla... En este convento se celebraron las Cortes de 1520, y en él se hospedó Felipe II cuando en 1551 pasó por esta ciudad para ir á Inglaterra." (Vedia y Goosens, *Historia de la Coruña*.) El convento, cuyo estilo es interesante desde el punto de vista artístico, fué destinado a presidio, hasta que recientemente la incuria administrativa lo dejó desmoronarse en parte, causando no pocas desgracias en los penados.

(19) El cronista franciscano Fr. Marcos de Lisboa dice: "Ficou uma profecia do Santo, que este reino nunca sería junto aos Reynos de Castella."—El patriotismo se ampara en esta tradición del sentimiento religioso, y fuera hasta pueril discutir la autenticidad de la profecía de San Francisco.

(20) A propósito de estas tradiciones tan permanentes en el territorio catalán, no podemos resistir al deseo de insertar la traducción del hermoso canto del eminente autor de *L'Atlántida*. Tan bella poesía obtuvo en los Juegos florales de 1874 la *flor de alelí*; y si los premios de certámenes no arguyen siempre mérito, en el caso presente puede decirse que el *alelí* simbólico adornó la sien de un verdadero poeta.

SAN FRANCISCO SE MORÍA ALLÍ

Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

(Cantar de los Cantares.)

Cubierta de flores diz que está la vega de Vich, desde que San Francisco predicó en ella el amor, el amor de Jesús, el amor de María.

Heríanle el pecho tan dulces amores: y saliendo de poblado, iba suspirando por las selvas:

—“Mi Dios y mi todo, mi Dios y mi todo, ¡cuán dulce es la vida para aquel que os posee! Pero más dulce es la muerte, cuando se muere de amor.”

A cada palabra que dice responden los pajarillos:

—“¡Ay dulces amores! ¡ay flor sin espinas!”

—Orando, orando, desfallecía de amor, puestos los brazos en cruz, amortiguado el mirar, semejante a un serafín que torna al cielo. Hallóle así debajo de una encina un payés que llena un cántaro de agua, y le convidó a beber.

Ya refrigerado, suspira Francisco:

—“Payés, buen payés, por tu vida dime, ¿de dónde es esta agua que así me consoló?”

—“Agua es del pozo, del pozo del noval.”

—“Si es agua del pozo, será pozo de vida, desde que haya recibido la bendición de mis amores.”

Y cantaron con gran melodía los pajarillos de la selva:

—“¡Ay dulces amores! ¡ay flor de vida!”

Donde languideció el Santo, hay una ermita hoy, la ermita de *San Francisco se moría aquí*. De tantas como en el mundo posee, la más antigua es ésta.

Un ángel de amor canta y vuela de la ermita al pozo de la vida. De día es ruiseñor y de noche es ángel.

Cuando más dulcemente canta, aseguran los payeses que es la voz del Santo, que aún suspira allí.

—“Venid, ausetanos, al agua de vida: para la sed de amores, otra mejor tengo: cuatro fuentes de ella son mis cuatro llagas.”

Vamos, pues, ausetanos, que si no se entristecería; vamos, que ya los frailes no están allí para cantar maitines, ni como ayer acuden en romería las gentes.

¡Jardín de virtudes, dulce patria mía, clavel del cielo, cómo te marchitaste!

Serafín encarnado, mi tierra te ama. Cuando bendigas tu ermita desde el cielo, bendice también a los hijos de los que edificaron la ciudad de Vich, sus campos y sus

masías; que si los bendices, todo reflorcerá, y con los ruiseñores de esos bardales cantaremos por el mundo este cántico delicioso:

¡Ay dulces amores, Jesús y María! ¡el que os tenga en su corazón, en vida tendrá el cielo!

JACINTO VERDAGUER
Presbítero.

(21) En Vich existen dos que representan a San Francisco con las manos alzadas al cielo en actitud de predicar, y que se suponen correspondientes a la época en que el Santo visitó la ciudad.

CAPÍTULO V

LA ORDEN SE CONSTITUYE

El cuarto Concilio de Letrán.—Domingo de Guzmán el español.—Domingo y Francisco se abrazan.—Las Ordenes gemelas.—El Capítulo de Pentecostés.—Las misiones franciscanas.—Sueños de Francisco.—El protector de la Orden.—El gran Capítulo de las Esteras.

.....
Una progenie ha descendido del
cielo.

.....
(Gregorio IX, *Oficio de
San Francisco.*)

El día 11 de Noviembre de 1215, festividad de San Martín, fué por Inocencio III abierto solemnemente el Concilio IV de Letrán, y XII de las asambleas generales de la cristiandad. Alinéabanse en los escaños colocados en la gran basílica cuatrocientos doce obispos, ceñida la sien con sus altas mitras; ochocientos abades y priores empuñando sus retorcidos báculos; los patriarcas bizantinos con sus aparatosas vestiduras recamadas de oro, los embajadores y heraldos de los monarcas de Europa, ostentando en el pecho los blasones nacionales. Cual si Inocencio hubiese tenido, mejor que presagio, revelación clara de su próxima